

EL FRACASO EN LOS ESTUDIOS

Por Enrique ROJAS

A sociedad actual se ha psicologizado. Casi todos los acontecimientos son vistos con una óptica psicológica. Ese ángulo siempre ha existido, pero en la actualidad ha cobrado unos matices insospechados. Lo mismo sucede con el fracaso en los estudios.

Vengo sosteniendo desde hace tiempo que más importante que la inteligencia, son sus factores instrumentales, orden, constancia, voluntad, motivación y la alegría de ver que uno es capaz de vencerse y ponerse metas y cumplirlas. Naturalmente hacen falta unas mínimas condiciones de salida en lo que atañe a la inteligencia. Mi experiencia de médico y de profesor universitario es que una persona con voluntad llega en la vida más lejos que una persona inteligente. Y esto lo vemos, de entrada, en todo el inmenso panorama del estudio, ya que éste es un termómetro que registra muchas cosas concretas de la conducta de un joven. Muchos que han abandonado sus estudios, se han dado cuenta después, de que su problema no era de cabeza, sino de método. «Comprender tarde es no comprender».

«Educar es enseñar y grabar en la conducta aprendizajes y esquemas de referencia positiva, que eleven el nivel de ese sujeto, haciéndolo cada vez más persona». Cada uno se educa a sí mismo a través de sus experiencias personales. La vida enseña más que muchos libros. La vida es la gran maestra. Lo que sucede es que en ocasiones, ese conocimiento es tardío y ya sólo va a tener aplicaciones inmediatas.

Los trabajos de investigación sobre este tema ponen de relieve que de entrada hay que establecer unas premisas sobre qué tipo de niño o adolescente tenemos delante. Ahí entran de lleno los «tests». Pruebas estandarizadas que miden la capacidad intelectual, el pensamiento abstracto, las aptitudes, el tipo de personalidad, las formas de reacción ante los más diversos estímulos... Todo ello se esquematiza en un «inventario de "tests" muy amplio» que tiene una enorme utilidad. Pues bien, muchos fracasos en los estudios primarios, secundarios y universitarios, no se deben tanto a

den acarrear problemas de cara a conseguir un rendimiento adecuado. La labor del psicólogo y del psiquiatra tiene en estas situaciones un papel decisivo.

«No existe el niño sin voluntad, salvo que se trate de una enfermedad física o intelectual grave o que los problemas familiares hayan hecho mella en él o que en su ambiente familiar el tema de la voluntad ha estado muy abandonado». Adquirir voluntad es un asunto dependiente de haber sabido aplicar una buena pedagogía.

Tanto los «fracasos en los estudios», como los «jóvenes con dificultades» necesitan una asistencia psicológica que les ayude a superar su situación. Estos fallos suelen reflejar algo negativo que se mueve por debajo y alimenta toda esa conducta negativa. Lo esencial es «comprender dónde nace el problema y cómo se ha ido gestando». Puesto que la meta no es sólo que estudie más y mejor, sino equilibrar su personalidad, que mejoren sus relaciones familiares y de compañerismo, que sienta el gozo de su esfuerzo al ver que avanza en distintos planos de su vida.

Toda pedagogía es ciencia y arte a la vez. Pero es esencial tener educada la voluntad, lo cual se va llevando a cabo poco a poco, a través de pequeños ejercicios diarios: así se va llegando a la costumbre de vencerse, en cosas en apariencia pequeñas, pero que tienen su importancia.

«La voluntad para el estudio debe ser fomentada desde la infancia, haciéndola atractiva y siendo los padres sus principales impulsores». Pero cada niño tiene sus particularidades. Decía Madame de Maintenon que «es necesario observar el humor y la capacidad de cada niño y después comportarse según ese modo natural». Hoy existen muchas teorías sobre el

Acabamos de pasar una etapa en la que la voluntad no estaba de moda. Es más, en muchos colegios se decía que educar la voluntad

podía traumatizar psicológicamente a los niños, produciendo en ellos un daño que a la larga podía tener graves consecuencias. Hoy, con los resultados de los últimos años en la mano, sabemos que esto no es cierto. Las preguntas saltan a regañadientes: ¿qué es lo

que hay que enseñar?, ¿cómo?, ¿con qué métodos?, ¿es bueno prohibir y qué cosas en concreto?, ¿en qué consiste un buen profesor? Ni el autoritarismo, ni la represión, ni la permisividad son buenos caminos. «La sabiduría en los temas educativos está en un punto medio entre exigencia coherente, dosificación y conocer las aptitudes y limitaciones de cada persona». Ahí está la tarea y su riqueza. Todo desarrollo personal necesita de renunciaciones. Negar esto es desconocer la auténtica realidad de la condición del niño y del adolescente. Un escritor francés de finales del XIX y principios de este siglo, Jules Payot publicó un célebre trabajo, que en su tiempo fue muy elogiado. El pa-

papel de la voluntad era esencial a la hora de la consecución de logros personales. Toda la psicología moderna inspirada en el conductismo subraya que «el aprendizaje y el condicionamiento son modificados por refuerzos positivos (recompensas) y negativos (castigos)», aunque estos últimos deben ser manejados con prudencia.

En la vida familiar esta «ley de premios y castigos» tiene una gran utilidad, sobre todo si es aplicada de forma coherente y con regularidad. En los padres, significa ya una forma de autoeducación: no rebasar los límites establecidos por la prudencia y el sentido común. Todo esto no es fácil en la actualidad, sobre todo con un medio que permanentemente rompe con esto, como es la televisión. La televisión, tal y como se ha ido desarrollando en los últimos años, es



Enrique Rojas
Catedrático